EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

COMEDIA CASERA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON EDUARDO JACKSON CORTÉS.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ,—40,—2.°

1874.

COMEDIA CASERA,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

D. EDUARDO JACKSON CORTÉS.

Representado con gran aplauso en el Teatro de VARIEDADES el dia 18 de Noviembre de 1873.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
EVELIA	SRTA. J. ESPEJO.
ELISA	SRTA. T. VEDIA.
DOÑA LUISA	SRA. C. RODRIGUEZ.
TONA	SRA. J. GARCÍA.

Época actual.

ACTO ÚNICO.

Gabinete decente en casa de Evelia.

ESCENA PRIMERA.

EVELIA, y á poco TONA. Evelia aparece tirando del cordon de una campanilla.

EVELIA. ¡Pero está sorda esa chica! (Deja la campanilla y se asoma á la puerta del foro.) ¡Antonia! (Vuelve á tocar la campanilla.) Nada... Gallega mas estúpida. ¡Tona! (Volviendo á la puerta.)

TONA. (Saliendo.) Ansín es como yo me llamo.

EVELIA. ¿No has oido que te llamaba?

TONA. Non señora. He oidu, sí, la campanilla; peru esa puede llamar á mí ú á otra persona.

EVELIA. Si te he llamado por tu nombre.

TONA. Usted ha dichu: *tilin, tilin*, y aluegu, *Antonia*. Y yo non me llamu ni *Antonia* ni *tilin, tilin*. Yo me llamu Tona, con perdon de los presentes.

EVELIA. Bien; llámate como quieras, pero sé más viva, por Dios.

TONA. Jé, jé! Bastante viva soy para lu que me conviene.

EVELIA. Llégate á la Carrera de San Gerónimo, á la sastrería madrileña, con esta tarjeta, y que te den la ropa, el envoltorio que he dejado allí apartado.

ELISA. Porque... Vamos, porque es imposible. Estoy segura de que ni andar sabría. La falta de costumbre ..

EVELIA. Desengáñate, Elisa; hay cosas que se aprenden muy pronto. ¿Qué mujer no se acostumbra en seguida á llevar los pantalones?

ELISA. ¿Pero tú no le has mandado el retrato de tu esposo?

EVELIA. Le he mandado el retrato de mi supuesto esposo. El de Eduardo no podía mandárselo porque lo hubiera conocido.

ELISA. Entónces cuál le has mandado?

EVELIA. Uno cualquiera; uno que compré en la Puerta del Sol.

ELISA. Pues pregunta en la fotografía quién es, y que te haga el favor por unos dias...

EVELIA. ¡Eso es! ¡Qué inocente eres! Ahora mismo voy yo á decirle al fotógrafo: Pásele usted recado al original de este retrato, y que me haga el favor de venir á pasar por mi esposo por unos dias.

ELISA. Y si no, podemos poner en *La Correspondencia*: *Se necesita un caballero solo. No es casa de huéspedes.*

EVELIA. El momento es apropósito para bromas. Esta es una farsa que la hemos de representar entre mujeres; entre nosotras solas. El sexo feo está suprimido por inconveniente en esta comedia.

ELISA. ¿Conque no hay remedio?

EVELIA. No hay remedio. Y yo no sé por qué te opones. Tú tienes instruccion, talento. Y lo que es genio no te falta.

ELISA. Sí, pero... Dime, ¿y tu esposo?

EVELIA. Le he echado á la calle, prohibiéndole terminantemente que ponga los piés en casa durante la permanencia de mi tia.

ELISA. ¿Y se ha conformado?

EVELIA. ¿Qué remedio?

ELISA. Á los quince dias de casado!

EVELIA. Hija, á la fuerza ahorcan. Conque no hablemos más. Basta de exposicion y entremos en el enredo:

ELISA. Quiera Dios que el desenlace sea satisfactorio.

EVELIA. Así lo espero.

ELISA. Y á qué hora llega doña Luisa?

EVELIA. Si no lo sé! Viene en una tartana! Me escribió su salida y anoche tuve este parte puesto en el Escorial, en donde dice: «Mañana llego.»

ESCENA IV.

LAS MISMAS y TONA, con un lio de ropa.

TONA. Señora, aquí está el involutorio.

EVELIA. Á ver. (Lo desata.) ¡Qué es esto! ¡Un hábito de cura!

ELISA. ¡Jesús!

TONA. Ese non me justa.

EVELIA. ¡Una casaca de voluntario!

ELISA. ¡Ave María!

TONA. Ese puede pasar.

EVELIA. Un traje de torero!

ELISA. ¡Vírgen mia!

TONA. Este sí que es juapo! Póngase usté ese.

ELISA. Cómo!

TONA. Ese es el mejor para lucir las pantorras. Y usté que las debe tener buenas. Como yo: las mias son lu mesmu que dos juardacantones.

EVELIA. ¡Si no fuera mirando á Dios, no sé lo que hacía contigo, imbécil!

TONA. Con perdon de los presentes yo tomo lo que me dan.

EVELIA. Devuélvelo en seguida. ¿Y para eso has tardado media hora?

TONA. Me encuntré con Dumingu el ajuador y estuvimos echando un párrafu.

EVELIA. Vamos, anda viva si puedes.

TONA. Sí, señora; viva andaré, que muerta non podría.

EVELIA. Diles que se han equivocado.

TONA. Voy.

EVELIA. Bien dicen, que el peor de los males...

TONA. Con perdon de los presentes. (Váse.)

ESCENA V.

EVELIA, ELISA.

EVELIA. ¡Ay! me consume!... ¡Y le parece á usted lo que ha tardado, cuando sólo tiene que doblar la esquina!

ELISA. Es capaz de no haber salido todavía del portal.

EVELIA. Como haya vuelto á encontrar á su Dumingu. (Se asoma al balcon.)

ELISA. Es muy probable.

EVELIA. ¡Dios mio! ¡Eduardo está en la acera de enfrente! Vete, demonio! (Haciéndole señas con la mano para que se vaya.) Que te vayas. ¿Qué dices, hombre?

ELISA. Dice que va á subir.

EVELIA. Te guardarás muy bien. ¿Que con quién estoy? Con Elisa. Que tienes calor? Pues bebe agua.

ELISA. Ha tirado el sombrero! Y lo patea!

EVELIA. Ganancia para el sombrerero.

ELISA. ¡Qué furioso está!

EVELIA. Que tenga paciencia.

ELISA. ¡Se arranca los cabellos!

EVELIA. Tira, hijo, tira, que á mí no me duele.

ELISA. Dice que se va á tirar al canal!

EVELIA. Si lo han cegado. ¿Qué, vas á tomar un baño? Bien hecho, porque el tiempo está caloroso. Ya vuelve la gallega.

ELISA. Es verdad. ¿Y tu marido?

EVELIA. Se fué. Furioso va el pobre chico!

ELISA. Y con razon.

EVELIA. Tambien yo la tengo y me aguanto. ¿Si se habrá vuelto á equivocar?

ELISA. Ahora lo veremos.

EVELIA. Ya está aquí.

ESCENA VI.

LAS MISMAS y TONA con lio.

TONA. Con perdon de los presentes. ¿Ve usted como non fuí yo la que me inquivuqué?

EVELIA. ¿Pues quién fué?

TONA. El mancebu. Y es extrañu que sea tan torpe; purque es jallegu.

EVELIA. Á ver. Perfectamente: esto es. Te he escogido dos ó tres trajes completos, calculando tu estatura.

TONA. ¡Qué lástima que non se haya usted quedado con aquel de lus ringunrangus. Lu que es yo, cuando me vaya á la tierra, lu compru para regalárselu al cura de mi pueblo.

EVELIA. Qué guapa vas á estar!

ELISA. ¡Sí, muy guapa! Pero es un compromiso en el que me pones... ¿Cómo no ha de conocer?...

EVELIA. ¡Calla, tonta: si no ve dos sobre un burro!

ELISA. Sí; pero puede ver una sobre unos pantalones.

EVELIA. ¡Qué disparate!

ELISA. ¿Y la voz?

EVELIA. Voz de pollo. Ya le escribí que mi marido era muy jovencito. No pongas inconvenientes, porque tú has venido ya decidida. En el peinado te lo conozco.

TONA. Es verdad. No trae cresta.

ELISA. Le escribistes que tu marido es médico.

EVELIA. No; por la misma razon de que Eduardo lo es.

ELISA. ¿Entónces?...

EVELIA. Le dije que era... abogado... diputado, senador... Cualquier cosa que á ella le sonara bien al oido.

TONA. Señora, un coche sube las escaleras. (Bajando del balcon.)

EVELIA. Ella es. (Saliendo al balcon.)

ELISA. ¿Tu tia?

EVELIA. Sí.

ELISA. ¡Ay de mí! ¡Ya estoy temblando!

TONA. Non tiemble usted, señurita, que aquí está la Tona. Si la vieja se prompasa, de una puñada le quito todos los años de encima.

EVELIA. No te olvides, Tona; ya sabes; esta señorita es mi marido.

TONA. ¡Su maridu! Eso non puede ser; peru...

EVELIA. Calla y obedece... ¿Á tí qué te importa?

TONA. Es verdad: á mí nada. Usté allá.

EVELIA. Tú, á vestirte en seguida. (Váse foro.)

ELISA. Dios me saque con bien. (Váse Elisa, llevándose el lio de ropa.)

TONA. Lu dichu, señurita. (Á Elisa.)

ESCENA VII.

TONA y á poco EVELIA, DOÑA LUISA y un MOZO con cofre.

TONA. Un maridu de pega! Non, pues cuandu yo me case, lu quiero de verdad y muy verdad. ¡El diablu que comprenda á las mujeres! Están rabiandu por un maridu, aunque sea de contrabandu, y ésta, que lo tiene pasado por la aduana, es decir, con los derechus pagados, juega con él al escondite. ¿Y éstas son las señuritas que tienen mucho de aquí, y saben tocar el pianu? Lo que saben tocar, con perdon de los presentes, es el vigulon. (Salen Evelia, Doña Luisa y el mozo con el cofre.)

EVELIA. Deje usted el cofre... ahí; en cualquier lado. (El mozo deja el cofre.) Tome usted. Acompáñale tú. (Á Tona.)

LUISA. Espera, espera, que reconozca primero... (Se pone las gafas y mira el cofre.) Sí; este es. Vaya usted con Dios. (Vánse el mozo y Tona.)

EVELIA. Por lo visto, tia, sigue usted tan desconfiada como siempre.

LUISA. ¡Cómo desconfiada! Precavida querrás decir. Parece increible que viviendo tantos años en Madrid, no sepas lo que en él pasa... ¿Quién te ha dicho á tí que ese hombre no podía ser un tuno disfrazado, y que me hubiera cambiado el cofre?

EVELIA. Sí; con otro que tuviera en el bolsillo.

LUISA. ¿Pagaste el coche?

EVELIA. Sí señora.

LUISA. ¿Cuánto le has dado?

EVELIA. Seis reales.

LUISA. ¡Cómo seis reales!

EVELIA. Cuatro por usted, y dos por el cofre.

LUISA. ¡Jesús qué robo! ¡Dos reales por un cofrecito!... Si no se puede venir á Madrid. Es un saqueo, hija, un saqueo! ¡Veintiun cuartos me han llevado en la estacion por un café y media tostada! Gracias á que yo la ped de arriba, que son más gordas: si no, de seguro que me hace daño. Un dineral me cuesta el capricho de conocer á tu marido.

EVELIA. Pues tia, ha tirado usted el dinero á la calle.

LUISA. ¿Cómo! ¿Por qué?

EVELIA. Porque nosotros hubiéramos ido á verla. Dijo usted que estaba tan mala...

LUISA. Había jurado no salir más del pueblo.

EVELIA. Y qué tal ha sido el viaje?

LUISA. Delicioso, hija, delicioso... Ya ves tú; en tartana! Hemos llegado en un vuelo. ¿Hoy qué es?

EVELIA. Jueves.

LUISA. Pues bien: el jueves de la semana pasada... ¿Fué el de la semana pasada? No; el de la otra, salimos de allí. Ya ves tú!

EVELIA. Lo que usted dice: en un vuelo.

LUISA. ¡Si yo no sé para qué se han inventado los ferro-carriles! ¿Dónde hay nada más cómodo que una tartana? Y no es eso sólo! ¿Dónde me dejas la seguridad? Asi por lo ménos, sabe una cuándo llega. ¡Pero en el ferro-carril! ¡Quita allá! ¡Líbreme Dios de él! ¡Si vieras las cosas que me ha contado el maestro de escuela nuevo que ha llegado al pueblo!

EVELIA. Pues y el que había?

LUISA. Se murió, hija: se murió despues de haber empeñado hasta la palmeta.

EVELIA. ¿Y de qué murió el bueno de don Eleuterio?

LUISA. De consuncion. Se fué quedando como un hilo; y un dia al dar un bostezo, se quedó muerto. Mira tú cómo se quedaría, que llevaron la caja entre cuatro niños de á cinco años. Pues verás: volviendo al otro, al nuevo; dice este buen señor, que los viajeros del ferro-carril, parecen otros tantos sentenciados á presidio, tiranizados por los empleados, que vienen á ser una especie de cabos de vara. Abren la portezuela:—¡*Á ver*! *Estos dos señores con sus sacos de noche, sus maletas, sus sombrereras, sus paraguas; este saco de patatas y algunas otras frioleras.* ¡*Sitio para estos dos señores*!—Pero señor... *Gobernador:* porque hay que hablarles así; que aquí vamos diez.—*Hasta doce, faltan dos.*—Pero es que los diez, somos muy gordos, y hay señoras en cierto estado.—*Yo no tengo la culpa.* Y que quieras que no, allá te los emboca. Llegas á una estacion: te bajas á comer, y el primer plato que te presentan, es el plato para que eches el dinero. Te sirven la sopa, que está ya con intencion hirviendo; y al soplar la tercera cucharada, el silbido, la campana, y... *Pasajeros al tren.*—¡Pero hombre, que no he comido!—*¿Ha pagado usted?*—Sí señor. —*Pues eso es lo que importa.*—Tartana de mi alma. Líbreme Dios de los ferro-carriles.

EVELIA. Casi, casi, tiene usted razon, tia.

LUISA. ¿Que si la tengo? ya lo creo. Pero yo estoy aquí charla que te charla. Es lo único que conservo en todo el uso de sus facultades, la lengua. Conque, vamos á ver: dónde está tu marido?

EVELIA. En su cuarto.

LUISA. ¡En su cuarto y no ha salido á saludarme!

EVELIA. (¡Ah!) Si no sabrá que ha llegado usted.

LUISA. ¿Y qué tal, eres feliz?

EVELIA. Muchísimo, tia.

LUISA. ¡Dices eso de una manera!...

EVELIA. ¿Cómo no he de serlo, si me he casado á su gusto de usted?

LUISA. (¡Diantre!) Es listo?

EVELIA. Mucho.
LUISA. Y tiene mucha parroquia?
EVELIA. Bastante: enfermos nunca faltan.
LUISA. ¡Cómo enfermos! ¿Pues no me escribistes que era abogado y diputado, y qué sé yo qué más?
EVELIA. (¡Demonio!) Sí, efectivamente: pero ademas es médico.
LUISA. ¡Hombre! Me alegro. Mira por dónde podré tener una consulta á mi gusto, y sobre todo, desinteresada.
EVELIA. (Pobre Elisa!)
LUISA. ¿Y qué tal de figura?
EVELIA. Bien...
LUISA. ¿Es un hombre?...
EVELIA. Pist!...
LUISA. ¡Cómo pif! Pues á mí no me gustan los hombres... pif. Sino los hombres... ¡Paf! ya sabes cómo era mi difunto. Al revés del maestro de escuela. Cuando se enterró, hubo que llevar la caja en una carreta de bueyes. Y le vino bien, porque era aficionado á los toros; de modo, que hasta despues de muerto, le dí gusto. Vamos, llámale, llámale: que estoy impaciente por conocerle. (Se levanta.)
EVELIA. (¡Esta sí que es negra! ¡No sé qué nombre le pondría... Um... Tú. ¿Fulano? (Llamándole.)
LUISA. ¡Fulano! ¿Fulano le llamas á tu marido?
EVELIA. Es un vicio que tengo. Le empecé á llamar así por gracia, y luégo se me quedó por costumbre.
LUISA. Bueno: pues que salga, y conoceremos á tu... *Fulano.*
EVELIA. Ven, hombre?
ELISA. (Dentro.) Voy.
LUISA. ¡Caracoles y qué voz! Se parece al Soprano de mi pueblo.
EVELIA. Es muy jovencito.
LUISA. Ya; pero...
EVELIA. Y muy poquita cosa.
LUISA. ¡Muy poquita cosa! (Vamos, ya veo que mi sobrina se ha casado con algun muñeco.)

ESCENA VIII.

LAS MISMAS y ELISA, en traje de hombre.

ELISA. ¿Qué me quieres, mujer? ¡Siempre me has de molestar cuando me estoy afeitando!

EVELIA. Mira, hombre!

ELISA. ¡Calle! ¿Esta señora es sin duda?...

LUISA. Sí, caballerito, sí; yo soy la tia de su señora esposa. (Lo dicho, un muñeco.)

ELISA. Un abrazo!

LUISA. Venga. (No tiene marido para un año.) (Se abrazan. Doña Luisa no la suelta y se pone las gafas.) Aprovecharé este momento en que te tengo cerca para examinarte: porque si me separo dos varas, ya no te veo. ¡Esta cara, no es la del retrato!

ELISA. No, señora.

LUISA. Cómo!

EVELIA. (Ejem!)

ELISA. Como que es la mia.

EVELIA. Ve usted qué listo es?

LUISA. Sí; ya lo veo.

EVELIA. Como que es de Madrid.

ELISA. Pues.

LUISA. En el retrato tienes bigotes!

ELISA. Bigotes?

LUISA. Sí.

EVELIA. ¿No ha oido usted que se estaba afeitando?

LUISA. Ah! sí; es verdad.

ELISA. Pues.

LUISA. Has hecho mal. Las barbas dan al hombre cierta... respetabilidad. Pero ponte de pie... Fulano.

ELISA. ¡Cómo que me ponga de pie! ¿Pues cómo estoy?

LUISA. Creí que estabas de rodillas.

ELISA. ¡De rodillas!

EVELIA. ¡Já! Já! Já!

LUISA. ¡Jesús y qué chico eres... Fulano!

EVELIA. Está creciendo.

ELISA. Eso es. Estoy creciendo todavía.

LUISA. Pues qué edad tienes?

ELISA. Diez y...

LUISA. Jesús! no tiene los veinte!

ELISA. No señora; pero me falta poco.

LUISA. (Lo dicho: ni para un año. Mi sobrina ha estado loca.) ¿Y cómo has podido concluir dos carreras como las de abogacía y medicina, en tan poco tiempo?

ELISA. Toma, porque... porque yo soy muy listo.

LUISA. Ya se te conoce.

EVELIA. Y luégo con la libertad de enseñanza.

ELISA. Eso es. Me he estudiado diez años en uno.

LUISA. No habrás dejado de enterarte bien!

ELISA. Pues sé lo bastante.

LUISA. Sí lo creo. Lo que es hoy para ser diputado ó ministro, con poco que se sepa... Y para médico lo mismo. Hoy todas las enfermedades se curan en el mar. Lo que me extraña es que te hayan examinado y aprobado.

EVELIA. Tiene influencias.

ELISA. Eso es. Tengo... influencias.

LUISA. ¡Ah! pues si tienes eso, lo tienes todo. Fulano. Hombre, hazme el favor de decirme cómo te llamas.

ELISA. (Éste sí que es apuro!)

LUISA. Vamos, hombre; tienes un nombre tan feo que te da vergüenza el decirlo? Á mí se me ha olvidado.

ELISA. (¿Cómo me llamo yo?)

EVELIA. (Y yo qué sé!)

ELISA. Pues mi nombre... es un nombre... Vamos á ver si usted lo adivina.

LUISA. ¡Yo! ¡Pues vaya una extravagancia.) (Evelia da un golpe en la mesa como para distraerla.)

EVELIA. ¡Por vida de!...

ELISA. Ay!

LUISA. Jesús, María y José! ¿Qué ha sido eso, sobrina? Me has helado la sangre en las venas. Hasta tu marido se ha asustado.

ELISA. Eso es; hasta yo me he asustado.

EVELIA. ¿Qué ha de ser? Que no hay manera de que á una la sirvan como es debido. (Tira del cordon de la campanilla.)

LUISA. ¡Jesús, hija, qué modo de repicar! ¡Te pareces al sacristan de mi pueblo!

ESCENA IX.

LAS MISMAS y TONA.

TONA. Ya le he dichu á usted que la campanilla non dice nombre ninjuno. He venido purque he calculadu que llamaba.

EVELIA. ¿Has hecho lo que te encargué?

TONA. Sí señora. Ya tiene usted sobre la mesa una taza de sopa, una lonjiña de jamon y una botella del vino que nadie bebe, purque dicen que se ha punido ágrio.

LUISA. ¡Qué!

EVELIA. No le haga usted caso. Es muy arrimada á la cola.

TONA. Con perdon de los presentes.

EVELIA. Vamos, tia, tomará usted un tente en pie.

ELISA. Sí, sí; vaya usted.

LUISA. No me opongo; pero ántes quisiera quitarme estas botas. ¡Tengo los piés tan hinchados!

ELISA. Efecto del viaje.

LUISA. Y eso que he venido en un vuelo. No es verdad?

EVELIA. Sí; yo se las quitaré á usted.

LUISA. ¡Tú! Bonitas fuerzas tendrás. No, tu marido podrá mejor. Tú... Fulano: quítame estas botas, hijo. (Doña Luisa se sienta. Elisa tira de las botas sin podérselas quitar.) ¿Vamos, hombre, puedes ó no? Tira, hijo mio, tira. ¡Ay, qué marido más inútil tienes, sobrina!

TONA. (Ya lo creo.)

LUISA. (Lo dicho, ni un año.) Mira, mejor será que lo dejes. Te pareces al sobrino del cura de mi pueblo. ¡Ay, qué juventud!

TONA. La señora quiere que le arranque las botas, no es verdad? Pues venja, venja y verá que prontu...

LUISA. Sobrina, sácame las zapatillas que están en ese saquito. Vaya, tira tú.

TONA. Ahora verá usted que pronto... (Lu menus le arranco una pata.) (Doña Luisa se habrá sentado en una butaca de ruedas, y al tirar la gallega, la hace atravesar la escena.)

LUISA. ¡Eh! ¡eh! ¡Sooo!! ¡Hija, yo te he dicho que me sacáras las botas; pero no qué me sacáras una pierna ni que me lleváras en coche! ¡Jesús, qué mula!

TONA. Yo non soy mula; soy gallega con perdon de los presentes.

LUISA. Quita la otra, pero no tires tanto.

TONA. Ya está. Quiere su merced que le arranque alguna otra cosa?

LUISA. No, hija mia, gracias.

EVELIA. ¡Que siempre has de ser así! (Muy bien.) (Aprovechando una distraccion de Doña Luisa.)

TONA. (Déjemela por mi cuenta y pronto se marcha al pueblo ó la entierran en Madrid.)

EVELIA. Venga usted á tomarse su tacita de sopa y su copita de Jerez.

LUISA. Voy.

ELISA. Sí, sí.

LUISA. Pero no quisiera dejar aquí ese cofre. Tú... Fulano! llévalo á mi habitacion.

ELISA. ¡Yo!... Voy. (Elisa quiere cargar con el cofre y no puede.)

LUISA. ¡Tampoco puedes con el cofre! ¡Ay, qué marido!

ELISA. Es que yo soy marido, pero no soy mozo de cordel.

LUISA. Tampoco mi difunto era mozo de cordel, y podía con un elefante á cuestas.

TONA. Ese señor... don defunto era de los mios. Venja, venja. (Carga con el cofre.)

LUISA. ¡Qué barbaridad! ¡Aprende ahí! ¿No te avergüenzas de que una mujer pueda más que un hombre?

ELISA. No.

EVELIA. Vamos, tia?

LUISA. Vamos. Lo dicho, ni para un año. (Vánse Evelia y Doña Luisa.)

ESCENA X.

ELISA.

¡No me ha metido mi amiga en mal berengenal! ¡Yo, vestida de hombre! ¡Yo, embutida en estos pantalones y en esta prenda que me impide los más sencillos y naturales movimientos! ¿Cómo se gorbenarán los hombres para moverse con soltura? Vamos, si lo que á mí me pasa!... ¡Maldito genio! ¡Maldita condescendencia! ¡Que no he de poder decir nunca que no! Á mí, que soy tan hacendosa y tan mujer de mi casa, convertirme en hombre! ¿Y ya qué remedio? Si me acobardo es peor, conque adelante.

ESCENA XI.

ELISA y TONA.

TONA. ¿Qué tal, señorita; cómo le va á usted con su nuevo uniforme!

ELISA. Muy bien.

TONA. ¡Qué lástima que non se haya usted puestu aquel tan maju: aquel de las pantorras al aire.

ELISA. Es lo único que me faltaba para que pareciese un raton asustado.

TONA. Pues ahora que habla usted de ratones, tenja muchu cuidadu, non se le suba á usted aljuno por los perniles arriba: purque tenju uido decir que los ratones son enemijus de las mujeres, comu los lajartos.

ELISA. ¿Qué quieres decir!

TONA. Que aquí suele haber aljuno de cuandu en cuandu.

ELISA. ¡Ánimas benditas!

TONA. Lo que oye. Pur ahí suele salir uno que se conoce que es persona decente, con perdon de los presentes, pues sólo le justa estar en este jabinete.

ELISA. ¡Ay Dios mio de mi alma! (Campanilla dentro)

TONA. Oijo la campanilla del comedor. Voy, por si es que me ınan. (Váse.)

ESCENA XII.

ELISA.

Sólo me falta que salga un raton cuando esté la tia presente. (Mira con cierto temor por debajo de las sillas, y ve la media que tiró Evelia.) ¿Qué es esto? ¡Una media sin concluir. (La coge.) ¡Todos los puntos descorridos! ¡Es mucha Evelia! Se los cogeré, no diga la tia si lo ve que es una descuidada. (Se sienta y se pone á hacer media.)

ESCENA XIII.

ELISA y DOÑA LUISA.

LUISA. Muy bien. Ya me encuentro con más vigor. Quiero ver si cojo al marido de mi sobrina á solas, que yo necesito averiguar qué casta de pájaro es. (Doña Luisa se pone las gafas, va bajando lentamente, y al ver á Elisa, hace gestos de extrañeza.)

ELISA. De esto es de lo que yo entiendo. Ahora sí que estoy en mi elemento.

LUISA. (¡Eh! ¡Qué es lo que veo! ¡No me engaño, no! ¡Es... Fulano haciendo calceta!) Pero hombre!

ELISA. ¡Ay! ¡Qué susto me ha dado usted! (Tirando la media.)

LUISA. (¡Caracoles con la voz!) ¿Te has asustado, eh?

ELISA. Sí señora.

LUISA. ¡Que corazon tan chiquito tienes, hombre!

ELISA. No, no es que tenga el corazon chiquito; es... que soy muy nerviosa.

LUISA. Nerviosa!

ELISA. Sí... nerviosa... mi constitucion.

LUISA. Todas las constituciones son lo mismo. Así es que tienen tantas cosquillas. ¿Pero, me quieres decir qué es lo que hacías?

ELISA. Refllexionaba... Recorría...

LUISA. ¿Los punto de una calceta?

ELISA. No, mi imaginacion. La media la cojí... así, impensadamente.

LUISA. Ya. (Mal guisado tiene este pollo.)

ESCENA XIV.

LAS MISMAS y EVELIA.

EVELIA. Tia. ¿Tia? Dónde se ha metido usted?

LUISA. Aquí estoy, mujer, hablando con... Vamos, con Fulano: ya que no quereis que se llame Enrique, que es como reza en la partida de casamiento.

EVELIA. (¡Enrique!) Qué quiere usted, caprichos.

LUISA. ¿Y sabes que me he quedado sorprendida?

EVELIA. ¿Por qué?

LUISA. Porque al entrar le he visto con una calceta en las manos. Me parece un entretenimiento bastante raro para un señor abogado y médico y...

EVELIA. Es muy mañoso. (Tira de la campanilla.)

LUISA. ¡Mañoso, eh?

EVELIA. Sí.

ESCENA XV.

LAS MISMAS y TONA.

TONA. Llamaba usted?

EVELIA. Sí. Prepara la cama de mi señora tia, por si quiere echarse un rato.

TONA. Voy. (Váse.)

ESCENA XVI.

LAS MISMAS, ménos TONA.

LUISA. (Yo he de saber qué casta de pájaro es este.) Sentémonos, porque quiero consultarte sobre mis muchos achaques. (Sube por una silla.)

EVELIA. (Pues ya hay para rato.)

ELISA. (Esta si que es buena!)

EVELIA. (Yo te apuntaré por lo bajo.)

LUISA. Conque vamos á ver. Tómame el pulso.

ELISA. (Pecho al agua.) Venga. (Lo hace.)

LUISA. ¿Oye, oye; qué médico eres tú, que tomas el pulso con la mano izquierda? Te pareces al de mi pueblo que es zurdo.

ELISA. Lo mismo da. ¿Pues qué, la mano izquierda, no tiene acaso, cinco dedos como la derecha? No tiene su tacto, su... Vamos, ya veo que usted está montada á lo antiguo...

EVELIA. Tiene razon.

ELISA. El pulso está bueno. Á ver la lengua. Buena tambien. La vista... clara.

LUISA. Eso sí que no lo paso. ¡La vista clara y no veo á un buey á los diez pasos!

ELISA. Y qué tiene que ver eso?

EVELIA. Justo. Nada.

LUISA. ¿Cómo nada?

ELISA. Pues está claro.

LUISA. Está turbio, digo yo!

EVELIA. (Ánimo, chica.) (Sin dejar de hablarle al oido.)

ELISA. ¿Qué tiene que ver la vista con la claridad de los ojos? Nada. ¿No ha visto usted á muchos ciegos, con los ojos abiertos?

LUISA. Bien: ¿y qué?

ELISA. Que no implica el tener los ojos abiertos para ser ciego.

EVEDIA. Eso es.

LUISA. Bueno, bien, adelante. Yo seré una de esas que tienen los ojos abiertos y no ven jota de lo que pasa.

ELISA. Justamente.

LUISA. ¿Y qué me mandas tú para estos dolores que tengo en las piernas?

EVELIA. Eso debe ser reuma.

ELISA. Indubitablemente.

LUISA. Pero bien; tú que me mandas?

ELISA. Los baños de mar. Es lo que está más indicado segun

los últimos descubrimientos.

LUISA. Y para el dolor de estómago?

ELISA. Agua en ayunas.

LUISA. Y para la jaqueca?

ELISA. Paños de agua fria.

LUISA. Y para los hervores de sangre?

ELISA. Pedilubios.

LUISA. ¿Pero oye: tú te has figurado que soy yo alguna rana? ¿Y para una porcion de cosas que siento?...

ELISA. Tirarse al mar de cabeza.

LUISA. Gracias por la receta. En fin, ya hablaremos más despacio sobre el particular.

ELISA. (¡Gracias á Dios!)

LUISA. ¿Y dime?

EVELIA. ¡Vuelta á empezar!

LUISA. Tú ejerces las dos facultades á la vez?

ELISA. Sí señora.

LUISA. Defiendes algun pleito?

ELISA. Uno... muy malo.

LUISA. Que lo perderás.

ELISA. Probablemente.

LUISA. Y ademas eres diputado.

ELISA. Yo!...

EVELIA. (Dí que sí.)

ELISA. Sí señora. Tambien soy diputado.

LUISA. ¿De los que dicen que sí y que no?

ELISA. No señora. Yo soy de los que defienden y atacan.

LUISA. Y á quién atacas?

ELISA. Á todo el mundo.

LUISA. ¡Eres de la oposicion?

ELISA. Sí señora. Yo siempre estoy opuesto á todo.

LUISA. No desmientes la raza. Español legítimo. Hombre, daría cualquier cosa por oirte uno de esos párrafos que pronuncias en el Congreso.

EVELIA. Pues es lo más sencillo. Vaya usted mañana. (Sé que no ha de ir.)

ELISA. Eso es.

LUISA. Hombre... ir al Congreso... no me atrevo. ¿Y tú, vas á hablar mañana?

ELISA. Sí señora. Voy á hablar más que un papagallo. Voy á poner el grito en el cielo.

LUISA. Pues entónces, ya tendrás en el magin lo que vas á decir. Dame ese gusto: déjame que te oiga como si estubieras en el Congreso.

ELISA. (Ay, Dios mio!)

EVELIA. (Ánimo.)

LUISA. Hazme ese favor. Quiero formarme una idea...

ELISA. Aquí es imposible. Falta la inspiracion...

LUISA. Pues inspírate, hombre.

ELISA. Falta el entusiasmo...

LUISA. Pues entusiásmate... Fulano.

EVELIA. (No hay remedio.)

LUISA. Vamos, yo te lo suplico.

EVELIA. (Anda, que yo te apunto.)

ELISA. (¡Yo sí que te apuntaría á tí con!...)

LUISA. Vamos, vamos, qne ya estoy con tanta bocaza abierta. (Elisa se pone en pie; tose; figura que se estufa el pelo, se retuerce el bigote, etc., etc.)

ELISA. (De algo me había de servir el leer *La Correspondencia* todas las noches.) ¡Ejem... ejem! Señores... diputados.

ESCENA XVII.

LAS MISMAS y TONA, que se detiene al oir á Elisa.

ELISA. Ejem! Ejem! (Mira alrededor.) Señores diputados: Estaba resuelto... á no volver á tomar la palabra... á no decir esta boca es mia: pero las circunstancias me obligan... Ejem! Ejem! Hoy que se encuentra el país... Pues, como se encuentra. Hoy... que todos los hijos de España... somos españoles, portémonos como dignos hijos... de tan gloriosa madre.

TODAS. ¡Bravo!... bravo! (Tona desde el foro.)

EVELIA. ¿Quién te mete á tí en esto? (Á Tona.)

TONA. Yo soy el pueblo que aplaudo cuando oiju hablar jordu.

LUISA. Déjale, que le cortas el hilo... Sigue... Fulano.

ELISA. Señores: suplico que no se interrumpa al orador.

EVELIA. Prosiga su señoría.

ELISA. Unámonos todos. La union constituye la fuerza, como dijo... no sé quién.

EVELIA. Ni yo tampoco.

ELISA. La cosa peligra. El ojo del amo engorda el caballo... Mas ven... dos ojos que cuatro.

EVELIA. Pido la palabra para una rectificacion.

ELISA. No hay quien se la dé.

EVELIA. Pues yo me la tomo. Su señoría ha dicho que más ven dos ojos que cuatro.

ELISA. Es cuestion de números. Lo mismo dá.

EVELIA. Prosiga su señoría.

ELISA. Más vale pájaro en mano, que ciento volando. Á los grandes males, los grandes remedios... Seamos españoles: sea esta España... la España que expulsó á los moriscos... y á los jesuitas... La España que puso la primera piedra en la tumba de Napoleon el Grande. La España del Cid y de Pelayo... La España de Padilla, de Bravo y Maldonado, de Cúchares y Pepe-Hillo!

TODAS. ¡Bravo! ¡Bravo!

LUISA. Ni Castelar!

EVELIA. Pido la palabra, ó mejor dicho, me la vuelvo á tomar para una justificacion. Su señoría confunde las clases.

ELISA. Para mí todos los hombres son iguales. La causa que defendemos es justa, es grande, es noble, es legítima.

TODAS. ¡Bravo! Bravo!

ELISA. Ánimo pues; quememos el último cartucho. Sacrifiquemos nuestras vidas en aras de la patria.

TODAS. Bravo! Bravo!

LUISA. Lo dicho; ni Castelar.

ELISA. Derramemos nuestra sangre fecundizando con ella nuestras gloriosas tradiciones. Mirad á la opulenta Roma. Sus cúpulas. Mirad á Francia. Á Carabanchel. Mirad al mundo en fin... Sús! Á la lucha! Al combate y contad conmigo; yo os conduciré á la victoria!

TONA. El raton! ¡el raton!

ELISA. Ay! (Da un grito y sube encima de una silla.

LUISA. ¿Qué es eso, Fulano?

ELISA. Nada. Que se suspende la sesion.

TONA. ¡Qué lástima! ¡Por un ratoncillo!

ELISA. Los nervios!...

LUISA. Pues si todos los defensores de la patria son tan nerviosos como tú... Vamos, ya veo que tu marido es como el alcalde de mi pueblo, que charla mucho, y en llegando el caso... ¡Já, já! ¡Vaya un marido! (Doña Luisa sube al foro y habla aparte con Tona.)

ELISA. ¿Lo ves? Ves el ridículo papel que estoy haciendo?

EVELIA. De esta hecha ya te puedes ajustar de galan jóven.

ELISA. ¡Eh! calla. Y despues de todo, para qué, si al fin y al cabo...

EVELIA. Yo tengo mi plan. Debemos aprovechar la adversion que te demuestra.

ELISA. Vuelvo.

EVELIA. Te vas?

ELISA. Sí, hija, sí; déjame respirar un poco.

LUISA. Hasta luégo, hermoso.

ELISA. Adios, tia. (Vánse Elisa y Tona.)

ESCENA XVIII.

DOÑA LUISA y EVELIA.

LUISA. Pero, sobrina, sobrina, dónde fuiste á buscar ese marido? Si eso es un marica.

EVELIA. Qué quiere usted; yo por complacerla ..

LUISA. ¿Cómo por complacerme!

EVELIA. Si usted me hubiera dejado casar con mi primo...

LUISA. Pues, mira, acaso hubiera sido mejor.

EVELIA. Pues ya lo creo.

LUISA. ¡Qué escucho! Eso es decir que estás descontenta de tu marido y que todavía piensas en tu primo!

EVELIA. Pues claro está que pienso.

LUISA. ¡Desventurada! qué dices!

EVELIA. Lo que siento.

LUISA. ¿Y serías capaz?

EVELIA. De todo.

LUISA. ¡Desgraciada!

EVELIA. Si no lo puedo remediar, tia; en todas partes le veo. De dia, de noche, á todas horas... ¡Siempre conmigo!

LUISA. ¡Calla, infeliz, calla! ¡Y para esto he hecho yo el sacrificio de salir de mi pueblo! Para oirte proferir semejantes palabras! ¡Vete, vete donde yo no te vea!

EVELIA. Pero, tia, si la he obedecido á usted. Si me he casado á su gusto. Si me he sacrificado por complacerla.

LUISA. Ese es mi castigo. Lo voy viendo.

EVELIA. Pero pierda usted cuidado. Cuando yo me muera, porque yo me moriré, de seguro, me verá usted cruzar por las regiones etéreas con una corona de mártir en la frente.

LUISA. ¿Y tu esposo qué llevará? No me hables de eso. Te suplico que me dejes. Quiero estar sola.

EVELIA. (Mucho hemos adelantado.) Ya la dejo á usted, tia. Pero yo no me voy sin que primero...

LUISA. ¿Qué?

EVELIA. Sin que primero le dé á usted un beso. (Se acerca para besarla.)

LUISA. Que no quiero... Que no, digo.

EVELIA. Pues yo digo que sí, y que sí. (Le besa y se va.)

ESCENA XIX.

DOÑA LUISA, y á poco TONA.

LUISA. ¡Zalamera! ¡Cómo conoce mi flaco! ¡Si el primito!... ¡Si mi sobrina!... ¿Si Fulano habrá nacido predestinado para ello?...

TONA. Señora, esta carta: ¡Ay! Con perdon de los presentes. Pensé que era usted mi señora.

LUISA. ¿Carta? Á ver, dame.

TONA. Non es para usted.

LUISA. No importa; si es para mi sobrina, lo mismo da.

TONA. Non señora. Es de don Eduardo, y usted non debe saber que ella recibe cartas de él, y non se la doy.

LUISA. Toma una peseta.

TONA. Esu es otra cosa. (Le da la carta.)

LUISA. Vete.

TONA. Vóime. ¡Qué lista soy! Al fin, de la tierra!

ESCENA XX.

DOÑA LUISA, y á poco ELISA.

LUISA. ¡Creo que no trae sobre! Está claro: se la han dado á la criada para que la entregára en propia mano. ¡No hay más, ciertos son los toros! Voy á ver si puedo. (Se pone las gafas.) ¡Cá! ni una palabra. (Habla Elisa dentro.) ¡Ah! aquí está Enrique. Se la debo dar? Sí: allá veremos. ¡Oye! (Sale Elisa.)

ELISA. Qué manda usted?

LUISA. Hazme el favor de leerme esta carta. (¿Si cometeré una imprudencia?) Es para mí, ¿estás?

ELISA. Bien. «Si me he conformado á salir de tu casa, por la »inesperada venida de tu tia, no creas que me confor- »mo á pasar la noche lejos de tí. Cuando estén todos »recogidos, ábreme la puerta y volará á tus brazos, tu »Eduardo.»

LUISA. Basta!

ELISA. Si tampoco hay más.

LUISA. (¡Y se queda tan tranquilo!) ¿Sabes tú de quién es esta carta?

ELISA. Ahí lo dice. De Eduardo.

LUISA. ¿Y sabes tú quién es ese Eduardo?

ELISA. El primo de Evelia.

LUISA. ¿Y sabes á lo que viene aquí!

ELISA. Ya me hago cargo.

LUISA. ¿Y no te estremeces!

ELISA. Yo! Por qué?

LUISA. Dice que viene á pasar la noche...

ELISA. Con usted.

LUISA. ¡Conmigo! ¡Caracoles!

ELISA. No me acaba usted de decir, que la carta es para usted?

LUISA. Pues no señor; si lo dije, mentía. Es para mi sobrina.

ELISA. Lo mismo me dá.

LUISA. Jesús!

ELISA. (Sigamos las instrucciones de Evelia.)

LUISA. (Lo dicho: predestinado. Si tiene cara de ello.)

ELISA. (Me encarga que la exaspere.)

LUISA. ¡Quítate de mi vista, hombre sin pudor!

ELISA. Lo de sin pudor, como hombre, lo admito.

LUISA. Sin vergüenza. Segunda edicion del Don... Fulano de mi pueblo. ¡Una familia como la mia deshonrada! ¡Ay! ¡Ay! Á mí me va á dar algo!

ELISA. Se pone usted mala?

LUISA. Qué le importa á usted? ¿Me va usted ya á recetar un vaso de agua? ¿Dónde está mi sobrina?

ELISA. Si lo que aquí pasa es la cosa más natural del mundo, y usted se convencerá de ello.

LUISA. ¡Que yo me convenceré! Quítate de mi vista; porque si me entra el vértigo, te voy á sacar los ojos.

ELISA. Gracias.

LUISA. ¡Ay! Ojalá se hubiera casado con su primo. Bien; que para ella es igual.

ELISA. Es claro; para ella es lo mismo.

LUISA. ¿Pero han visto ustedes en el mundo un hombre como éste?

ELISA. No es fácil.

LUISA. Mira; no me obligues á que te llame por el nombre que mereces. (En este momento aparece Evelia por el foro, incitando con la vista á Elisa para que desespere á la tia.)

ELISA. Lo supongo; pero se guardará usted muy bien! Ya me va faltando la paciencia! ¡Hola, hola! Yo soy blando y dócil!... y manso con mi mujer! ¡Pero ¡ay! de usted, si con sus indirectas consigue despertar mi furor!

LUISA. Insolente! ¡Me amenazas!

ELISA. ¡Ay, de usted, repito!

LUISA. ¡Te atreves!

ELISA. Á todo.
LUISA. ¡Á tu tia... política?
ELISA. ¡Y á mi tio... impolítico!
LUISA. ¡Ay!
ELISA. Bruum! ¡Ya está el torito en la Plaza!

ESCENA XXI.

LUISA, EVELIA y ELISA.

EVELIA. (Sale.) ¿Qué es esto?
ELISA. ¡Que yo soy el amo de mi casa!
EVELIA. Usted es un pelagatos!
ELISA. ¡Y usted es una loca!
EVELIA. ¡Yo loca! Te voy á arranc.r las orejas!
ELISA. ¡Á mí!
LUISA. Ay, Dios mio!
ELISA. ¡Entablaré demanda de divorcio!
EVELIA. ¡Ahora mismo!
ELISA. ¿Lo deseas, eh?
EVELIA. Sí; lo deseo!
ELISA. ¡Para quedarte en completa libertad con tu primo!
EVELIA. Sí señor!
ELISA. ¡Pues bien: no lograrás tu idea!
EVELIA. ¡Sí la lograré!
ELISA. ¡No la lograrás!
EVELIA. ¿Quién me lo ha de impedir?
ELISA. ¡Yo! que te mataré ántes... con esta pistola. (Toma un alfiletero del velador.)
EVELIA. ¡Ay! ¡Ay! ¡Socorro! (Corren una detrás de la otra.)

ESCENA ÚLTIMA.

LAS MISMAS y TONA, con una escoba.

LUISA. ¡Detente... Fulano!
TONA. ¡Otra vez el raton! ¿Dónde está?

LUISA. ¡Hombre!...

ELISA. Bruum! No le dije á usted que ya estaba el torito en la Plaza!

LUISA. Tú te vienes conmigo, sobrina.

EVELIA. Yo!...

LUISA. ¿Dudas? Prefieres vivir con ese hombre. ¡Ay! Lo repito una y mil veces. Ojalá te hubieras casado con tu primo.

EVELIA. Y si lo estuviera?

LUISA. ¡Cómo que si lo estuvieras! Entónces éste, quién es...

EVELIA. Mire usted. (Se acerca á Elisa y le indica los agujeros de las orejas.)

LUISA. ¿Y bien, qué? si sabes que yo no veo.

EVELIA. Pues tiente usted.

LUISA. ¡Tiene agujeros! en las orejas.

EVELIA. Es claro; como que es mujer.

LUISA. Ya caigo! Torpe de mí!

EVELIA. ¿No ha dicho usted que ojalá estuviera casada con mi primo?

LUISA. Sí.

EVELIA. Pues lo estoy.

LUISA. ¡Sobrina de mi alma! De modo, que todo ha sido...

EVELIA. Una farsa.

LUISA. En la que tú has hecho el papel...

EVELIA. De dama.

ELISA. Y yo el del galan.

TONA. Y yo el del barbo. (Sube al balcon.)

LUISA. Y yo el de animal.

TONA. El señoritu está apegado á la pared de enfrente.

LUISA. Dile que suba.

TONA. Voy, con perdon de los presentes. (Váse Tona.)

LUISA. ¿Y esta señorita es?...

EVELIA. Mi amiga Elisa.

LUISA. ¿Y la partida de casamiento?

EVELIA. Fué escrita en casa.

LUISA. Está muy bien: de manera,
que yo de burla he servido.

EVELIA. Tia, sin razon se altera;
que al fin y al cabo esto ha sido
una COMEDIA CASERA.

FIN.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE ENERO DE 1874.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
		COMEDIAS Y DRAMAS.	
;usto de la tia....................	1	E. Navarro........................	Todo.
ı Lesmes.........................	1	Manuel Nogueras.................	»
diluvio..........................	1	José Velazquez...................	»
libro talonario.....................	1	J. Hayeseca.......................	»
retrato de Macaria................	1	R. María Liern....................	»
filosofía del vino.................	1	Teodoro Guerrero.................	»
mujer me engaña.................	1	Eduardo de Lustonó..............	»
73 y 1874. (*Revista.*)............	1	R. Valero y Llorens..............	L. y M.
rmon perdido.....................	1	Teodoro Guerrero.................	Todo.
ı nin de enredos..................	1	N. N..............................	»
ı sí................................	1	Petano y Torres..................	»
vantar muertos...................	2	Ramos Carrion....................	»
ɔrirse á tres dias fecha...........	2	E. Zamora y Caballero...........	»
honor.............................	3	R. de Campoamor.................	»
anca Blandini.....................	4	E. Zumel.........................	»
		ZARZUELAS.	
mericanos de pega................	1	R. María Liern....................	Libro.
ɔs telégramas.....................	1	Portero y Segura..................	L. y M.
que va á morir te saluda.........	1	Belza y Balart.....................	L. y M.
ıs hijas de Fulano.................	1	Amalfi y Fernandez Caballero.....	L. y M.
os rosales de Mañara..............	1	Guillermo Cereceda...............	Música
edro el Veterano..................	1	Liern y Monfort...................	L. y M.
n sevillano en la Habana..........	1	Leopoldo Palomino de Guzman....	Libro.
l hosterero de Ricla................	3	Gabriel Balart.....................	Música

Ha dejado de pertenecer á esta Galería la comedia en un acto de D. Eduardo lavarro, titulada: *Por un descuido*, y la música de las zarzuelas en un acto del r. Rossetti, tituladas: *El cuerpo del delito; El padre de mi mujer; Un auto de rision*, y *Un jaleo en Triana*.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta,* calle de Carretas, núm. 9,

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.